

posibilidades para desarrollarse libremente. Poniatowski no vacila en abrazar la primera actitud de la que se desprende su posición actual como gran represor en Francia.

El interés del libro no es solamente el del estudio de una personalidad interesante, ni siquiera la mejor comprensión de lo que sucede en Francia, sino el paralelismo que tiene con algunos políticos españoles actuales y con una corriente universal de pensamiento que ahora está muy actual en España. Las limitaciones al "cambio", y los impulsos direccionales que se le puedan dar, se comprenderán mejor con el libro de Poniatowski. También ayudará a combatir mejor una actitud que puede ser muy peligrosa: la de una derecha eterna disfrazada de actual y moderna. ■ E. H. T.

Una visión de España

A primeros de noviembre de 1916 la policía francesa expulsó a Trotsky y le hizo pasar clandestinamente la frontera española. El ruso estuvo en España hasta finales de año, y recogió sus impresiones de forzado turista en unas notas viajeras. Parte de ellas fueron publicadas en su autobiografía ("Mi vida", Editorial Cent, 1930, traducción de Wenceslao Roces) en el capítulo "De paso por España". Y en conjunto en un libro titulado "Mis peripecias en España", reeditado ahora como "En España", por Akal, sin la nota editorial, la semblanza escrita por Alvarez del Vayo y las ilustraciones de K. Rotova, que aparecieron en la primera edición española de Editorial España en 1929, con traducción de Andrés Nin. Así, pues, se mantienen completas las opiniones del ruso sobre España, pero perdemos algunas opiniones españolas sobre el ruso.

Por ejemplo, la de Daniel Anguiano, entonces miembro importante del partido socialista (luego pasaría al comunista). Anguiano acompañó a Trotsky hasta la estación de Atocha, cuando iba para Cádiz, y resumió así su impresión: "Desde luego, advertí en él un hombre extraordinario; pero estaba muy lejos de suponer que había conocido a una figura de semejante



Trotsky, leyendo en Prinkipo, Constantinopla.

talla". Y en "Notas para una semblanza de Trotsky" hablará Alvarez del Vayo del "literato sensible y refinado"...

Fue, en efecto, un extraordinario escritor y acaso sea esto en lo único que amigos, enemigos y neutrales se ponen de acuerdo respecto a su discutida personalidad. Tal vez sea también la faceta de escritor la que el propio Trotsky vivió con más emoción. En "Mi vida" escribió: "Para mí, los mejores y más caros productos de la civilización han sido siempre — y lo siguen siendo — un libro bien escrito, en cuyas páginas haya algún pensamiento nuevo, y una pluma bien tajada con la que poder comunicar a los demás los míos propios"; y también: "Mi sueño, desde mi más temprana juventud, ya desde mi niñez, era llegar a ser escritor"...

Su libro sobre España es el libro de un escritor, a pesar de que por desconocimiento del idioma, por falta de libertad y porque no estuvo "como investigador u observador", dice que sus observaciones tienen un carácter "harto superficial y ligero"... La verdad es que se fue de España a Nueva York (adonde le enviaron) con el idioma casi aprendido; que estuvo en España una corta temporada en la cárcel Modelo de Madrid, pero que en sus días de libertad vigilada, el policía que le acompañaba sólo se cuidaba de que no le engañasen los vendedores ambulantes; y también es cierto que en la biblioteca gaditana leyó bastante y se documentó sobre nuestra historia; unamos a esto su capacidad conversa-

dora y su inteligencia penetrante... El resultado es un conjunto de observaciones bastante precisas, en ocasiones anticipadoras. Señala, por ejemplo, en tres casos el fenómeno de la emigración laboral ("En París hay muchos españoles, en particular 'chauffeurs'... "Los españoles trabajan en Francia, en Inglaterra y, por desgracia, en Alemania"... "¡Cuántos miles de españoles han emigrado para trabajar en la despoblada Francia!"). Coincide con otro viajero ilustre, Teófilo Gautier, en su apreciación del Guadalquivir; río prosaico, dirá el ruso; y el francés señala que sus orillas "no tienen ese aspecto encantador que les dan las descripciones de los poetas y los viajeros".

Trotsky estuvo poco tiempo

en San Sebastián. Fue luego a Madrid, donde pasó una semana en la cárcel Modelo (modelo, asimismo, de estratificación clasista porque había celdas de diversa categoría y precio). Vive una temporada en Cádiz, esperando el barco que le sacaría de España. Y finalmente marchará a Barcelona, para embarcar allí. Describe cuanto encuentra a su paso, paisajes, personajes, entra en la historia y hace acotaciones irónicas o sarcásticas.

Al desembarcar en Nueva York del vapor "Montserrat" remata el libro con un final ("Aquí termina España") que parece tener resonancias de aquel "el sueño ha terminado", de Gautier. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

El discreto jardín de Alonso Ibarrola

Si alguien preguntara un día a José Manuel Alonso Ibarrola por aquello de lo que estuviere en el fondo más satisfecho, seguro que nuestro vasco se olvidaría por un momento de su condición de periodista y de las diversas publicaciones que como profesional le ha tocado dirigir, y mucho más modesto que todo eso, señalaría cualquiera, acaso la más breve, de esas humorísticas "florecillas" para gentes de orden que tanto le divierte escribir. Y nosotros, personalmente, le daríamos toda la razón.

Muere Félix Francisco Casanova

El pasado día 15 murió en su domicilio, en las islas Canarias, el poeta y novelista Félix Francisco Casanova. Había nacido en Santa Cruz de la Palma, el 28 de septiembre de 1956. En el momento de su muerte —accidental, producida por emanaciones de gas— tenía diecinueve años. Había publicado tres obras literarias y las tres habían obtenido premios: un libro de poemas, "El Invernadero", Premio de Poesía Julio Tovar, en 1973; una novela, "El Don de Vorace", que en 1975 fue galardonada con el Benito Pérez Armas; y, un mes antes de morir, recibió el premio de poesía del diario "La Tarde", de Tenerife.

Dos fenómenos hacen curiosa esta vida y esta muerte: la falta de interés que —dicen quienes le conocieron— manifestaba Casanova por la literatura, y la obsesión casi premonitrice que por la muerte manifestaba en su obra escrita; su novela "El Don de Vorace" puede definirse como una búsqueda de la muerte, como ejercicio en el envés de la vida. Por otra parte, la brillantez de su carrera —podría ser considerado como uno de los más prometedores talentos de la nueva literatura canaria— y su interés por todo aquello que fuera moderno acaban de perfilar la figura de Félix Francisco Casanova como la de un personaje en la línea semilegendaria en la que estuvieron Rimbaud, Lautreamont o —más recientemente— Jim Morrison. ■ E. H. I.

Porque Alonso Ibarrola quiere ser, es, ante todo y sobre todo, un humorista, y esto es algo que no siente el mínimo empacho en confesar aun sabedor de la devaluación que, de tanto abuso, ha sufrido la palabra últimamente.

Ibarrola es humorista desde antes y aun a pesar del dichoso "boom", y lo seguirá siendo cuando el humo de muchas de las tracas que hoy más suenan se haya por fin disipado.

Ahí está, si no, para demostrarlo su ya casi lejano "Depe-tris", el libro con el que se dio a conocer; ahí están las más recientes "Historias para burgueses" y, por si quedara todavía algún escéptico, aquí llegan ahora, formando un solo ramillete, estas irónicas "Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley" que con semanal puntualidad Ibarrola ha ido plantando en las páginas de "Hermano Lobo".

Para quienes no lo sepan, aclararé inmediatamente que José Manuel Alonso Ibarrola gasta seudónimo, y los fieles de ese semanario de humor le reconocerán fácilmente bajo el disfraz de "Nemorino".

Lo primero que sorprende al lector de estas "florecillas" es su absoluta falta de pretenciosidad. Si comparamos estas nuevas historias de Ibarrola con las que componían su anterior libro, nos daremos cuenta de cómo el autor ha simplificado aún más la anécdota, dejándola casi en cueros, y cómo se ha servido esta vez irónicamente de un lenguaje todavía más estereotipado, de frases hechas. Un lenguaje que se adecua perfectamente a ese pequeño universo que Ibarrola nos presenta: mundo vulgar y chato en el que la paz y el orden funcionan como valores intocables, aunque ese orden y esa paz se fundamenten en la fuerza e hipocresía de unos pocos y en la ignorancia o la obligada paciencia de la gran mayoría.

Sin violencias, de modo casi imperceptible, Ibarrola se entretiene en desmontar uno tras otro los convencionalismos y prejuicios absurdos en torno a los que se organiza nuestra diaria convivencia. Con afilado bisturí va levantando, historia tras historia, la piel de lo cotidiano para descubrirnos la mezquindad, el egoísmo y las

constantes frustraciones que subyacen a la normalidad aparente de la existencia pequeño-burguesa. En ningún momento, sin embargo, hurga en la herida más de lo necesario. Jamás, ni siquiera cuando más negras son sus críticas, renuncia a esa postura solidaria que, como escribía, Cesare Zavattini en su prólogo a las "Historias para burgueses", caracteriza, por encima de todo, al verdadero humorista.

Leyendo estas "Florecillas para ciudadanos respetuosos de la ley", nos damos cuenta de que Alonso Ibarrola ama en el fondo a esas criaturas que critica, y de que cuanto más dura es su crítica, mayor generosidad demuestra. ■ JOAQUIN RABAGO.

(1) La Fontana Literaria. Prólogo de Eduardo Tijeras.



Herzog: Los límites de la realidad

Pocos minutos antes de morir, Gaspar Hauser cuenta a los que le rodean una historia que hasta entonces no se había decidido a desvelar: una caravana avanza por el desierto del Sahara, pero se detiene ante el obstáculo de unas grandes montañas que parecen cerrarle el paso. Tras un tiempo de reflexión, el jefe del grupo resuelve continuar el camino haciendo ver a los nómadas que aquellas montañas son sólo una ilusión y no una barrera real. Convencida de ello, la caravana continúa su camino y llega a la ciudad que deseaba. Lo que allí suceda es algo que Gaspar Hauser ya no abarca en su historia... Quizá no haya mejor resumen del cine de Werner Herzog (Munich, 1942) que el que cabe desprender de este relato parábólico. Igual que el jefe de los nómadas, el cineas-

ta alemán busca sobrepasar una realidad aparente, desconfiar de su presencia física e inmediata, para alcanzar otra realidad que tenga valor por sí misma, que semejando una meta imposible, no sea —sin embargo— meramente utópica o fantástica. A través de una aventura consciente, de un riesgo asumido de que existe algo importante más allá de la superficie, el realizador —como el responsable de la caravana— refleja una ilusión que, una vez sobrepasada, dejará ver lo que se prometía inasequible.

Trayectorias física y moral (o ambas juntas a la vez), viajes siempre hacia una tierra de lo desconocido, "Aguirre, la cólera de Dios" (1972) y "El enigma de Gaspar Hauser" (1974) contienen por igual la base sobre la que pivota el pensamiento de Herzog: no es posible satisfacerse con el mundo de evidencias que nos envuelve; hay, por el contrario, que descubrir aquello

que se guarda oculto, secreto, deformado, porque sólo eso dará un verdadero sentido a lo que constituye nuestra existencia. De ahí que sus films propongan continuamente una reflexión sobre los límites de la realidad, sobre lo certero y lo falso de unos determinados hechos que, semejando ser lineales en un primer acercamiento, acaban por mostrarse como profundamente complejos. De ahí también que el cine de Herzog se sitúe voluntariamente en esa estrecha "tierra de nadie" que separa lo real de lo imaginario, lo constatable de lo ficticio, la evidencia de la conjetura..., arropado siempre por un poder de seducción y por un sentido del humor, ambos de primera línea.

Dentro de este planteamiento, los esquemas narrativos utilizados por el autor de "Signos de vida" (su largometraje inicial, en 1967, próximo a estrenarse en España, lo mismo que casi todo el resto de su obra) respon-



"Aguirre, la cólera de Dios", de Werner Herzog (1972).